



## Capítulo 583: El Panteón Infinito

[El Panteón Infinito]

Un lugar que no existía en ningún plano conocido, suspendido entre el tiempo y la nada. Un coliseo colosal, erigido alrededor de un abismo de luz pura, donde el tejido de la realidad brillaba como un espejo líquido.

Allí, cada soporte estaba hecho de oro celestial y obsidiana divina. Cada columna sostenía no sólo el techo, sino eones enteros de fe y adoración. Miles de lenguas antiguas resonaban en cánticos y el aire vibraba con la fuerza de innumerables presencias inmortales.

Dioses.

Todos ellos.

De todos los mundos, planos y reinos—desde los creadores de estrellas hasta los patrocinadores de la guerra y la muerte.

Entidades que gobernaban el mar, el fuego, el destino y el caos. Algunos estaban hechos de carne y energía. Otros, de puro concepto sin apariencia, y por supuesto, aquellos famosos con hermosas apariencias que conmocionaron a los mortales que los vieron.

Y, sin embargo, todos estaban allí—reunidos con un único propósito: observar lo que estaba por venir.

Un fuerte murmullo se extendió por las gradas como una ola viviente.



Nombres sagrados, disputas antiguas, disputas que habían dado forma a universos se susurraban en medio del sonido de los vientos cósmicos.

Hasta que se mudó.

En el trono central —hecho de tormenta y tiempo— un anciano se inclinó hacia adelante.

Sus ojos, dos estrellas vivientes, se abrieron lentamente, enviando destellos de energía azul a través del pasillo. Un rayo atravesaba su piel como serpientes eléctricas y su cabello blanco brillaba con la luz de mil soles.

Uno de los Primeros Reyes Dioses, una fuerza verdaderamente digna de alabanza.

"Aquí vamos de nuevo..." El murmullo era bajo, pero el eco se extendió como un trueno a cada rincón del coliseo.

Los dioses detuvieron sus conversaciones.

El anciano apoyó la barbilla en su mano, observando el caos ordenado que tenía ante sí. Dioses de todos los tamaños —algunos tan inmensos como montañas, otros lo suficientemente pequeños como para contener una lágrima. El aire olía a incienso cósmico y hierro divino, y cada respiración hacía vibrar el espacio en múltiples frecuencias.

En el centro del coliseo, un círculo de luz comenzó a expandirse, revelando el símbolo de un antiguo pacto: el Cónclave de los Eternos —la reunión de los dioses de todos los mundos, convocada sólo cuando el equilibrio de los aviones estaba a punto de desmoronarse... o cuando estaban aburridos.



El anciano suspiró, el sonido más cercano a un trueno reprimido.

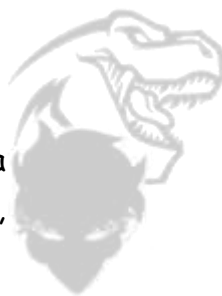
Desde su brazo bailaban chispas que formaban el contorno de un martillo colosal —no forjado con las manos, sino nacido del propio rayo.

Lo levantó y el movimiento fue suficiente para distorsionar el aire.

Las nubes alrededor del trono se separaron, revelando el abismo dorado debajo del coliseo —donde miles de millones de almas y mundos flotaban como fragmentos de vidrio en un océano de energía.

Los dioses guardaron completo silencio.

El anciano miró hacia arriba —donde las constelaciones temblaban bajo la presencia de esa asamblea— y murmuró, en un tono cansado, casi humano, "Bueno..."



Luego golpeó su martillo contra el apoyabrazos del trono.

El sonido reverberaba como el trueno de mil relámpagos.

Todo el coliseo tembló.

Las voces cesaron.

Las estrellas se inclinaron.



"Ya que recibí esto de Thor... este martillo es bastante capaz..." murmuró.

Y al instante siguiente cayó el silencio absoluto.

Todos los dioses —desde el más joven hasta el más viejo— inclinaron la cabeza en señal de respeto. Ninguno se atrevió a moverse.

El tiempo se detuvo.

El trueno se apagó y el silencio llenó una vez más el Coliseo de los Dioses.

La figura en el trono se levantó, ahora completamente transformada.

El anciano arrugado y cansado se había ido—ante ellos estaba Zeus, rey de los cielos.



Su cuerpo brillaba como bronce recién forjado y cada respiración hacía que el aire crepitara con electricidad. Su corta barba brillaba con luz dorada y sus ojos —dos tormentas vivientes— recorrían el divino auditorio con desdén.

"Bueno..." comenzó, moviendo el hombro como si despertara de un largo sueño. "Parece que todos están aquí."

Su voz resonó entre las columnas del Coliseo, resonando hasta los extremos de los planos. Algunos dioses en las gradas se movieron, otros lo ignoraron. Siempre fue así.

Zeus dio una breve sonrisa sin humor. "¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última conferencia? ¿Un siglo? ¿Dos?" Sacudió la cabeza y se encogió de hombros. "Oh, lo que sea." De todos modos habían pasado demasiados años.



Un suave trueno acompañó el chasquido de sus dedos. De su mano, el rayo se condensó, materializando el mítico martillo que brillaba con el poder de un dios nórdico: Mjölhnir.

Los dioses más jóvenes suspiraron. Algunos se rieron en voz baja.

Era típico de Zeus—robar, jugar, burlarse.

Giró el martillo entre sus dedos, examinándolo como si sostuviera un juguete nuevo.

"Muy bien," continuó, posándose una vez más en el trono dorado. "Deberíamos empezar, ¿de acuerdo?"

Mientras hablaba, un aura dorada comenzó a envolver su cuerpo. Las arrugas desaparecieron. Su cabello volvió a brillar como oro fundido. La carne envejecida dio paso a músculos perfectos y divinamente esculpidos.



El rejuvenecimiento de los dioses—un recordatorio silencioso de que el tiempo, aquí, era meramente una formalidad.

Un coro etéreo resonó de fondo y las runas flotantes en el techo se alinearon, sellando el comienzo de la conferencia.

La voz de Zeus sonó claramente:

"Como siempre... nos reunimos para discutir los caprichos del universo. Catástrofes, profecías, disputas." Hizo una pausa y luego sonrió, revelando



dientes tan blancos como el rayo mismo. "Pero esta vez creo que todo el mundo sabe el motivo."

El silencio que siguió fue pesado, casi palpable.

Hasta que él mismo lo rompió, con un tono de falsa casualidad:

"Decidamos el Torneo Celestial, ¿de acuerdo?"

El público reaccionó con murmullos apagados. El nombre por sí solo era suficiente para causar incomodidad. Fue el tipo de evento que cambió los destinos —una arena donde dioses, semidioses y elegidos de todos los tiempos competían por la gloria y la reescritura de sus mundos.

Una antigua tradición... y una pesadilla diplomática.

Mientras Zeus saboreaba el silencio, un suspiro largo e irritado resonó por el pasillo.

"Ah... qué fastidio."

El sonido provenía del ala oriental del Coliseo, donde una figura de piel azul y cuatro brazos descansaba perezosamente sobre un trono de flores secas.

Shiva.

Estaba descalzo, llevaba sólo una capa ligera sobre los hombros y adornos dorados que colgaban perezosamente de sus muñecas. Sus ojos, siempre con los párpados medio abiertos, ahora miraban a Zeus con el mismo aburrimiento de alguien viendo una obra repetida mil veces.





"En serio, Zeus..." dijo Shiva, apoyando su barbilla en una mano. "¿Realmente vamos a fingir que esto es importante?" Podría estar meditando, durmiendo o bailando. Cualquier cosa sería más productiva que escucharte alardear mientras sostienes el martillo de otro dios.

Un murmullo divertido recorrió las gradas. Algunos ocultaron su risa; otros simplemente miraron hacia otro lado, temiendo la reacción.

Zeus arqueó una ceja y giró a Mjölhnir en el aire, mientras un rayo atravesaba el aire.

"¿Celoso, Shiva? ¿Quieres que te lo preste por un tiempo?" Su tono era burlón, casi infantil.

Shiva resopló, dando una sonrisa cínica. "Prestar algo que robaste no te hace generoso, Zeus. Simplemente te hace ser constantemente irritante."



Antes de que la tensión pudiera aumentar, una voz femenina tranquila y aguda interrumpió:

"Estoy de acuerdo con Shiva, Señor Zeus." Todas las miradas se dirigieron hacia el lado norte del coliseo, donde una mujer con cabello largo y negro medianoche estaba sentada con las piernas cruzadas, observándolos con ojos plateados.

La hoja que descansaba sobre su rodilla brillaba —una katana divina, con sus antiguas inscripciones aparentemente moviéndose como el viento sobre el agua.



Era Suzanoo, la diosa de las tormentas y hermana de los dioses lunares orientales.

Hablaba con elegancia, pero el peso de su voz podía silenciar mares enteros.

"Es como dijo Shiva-sama", continuó, cruzando las piernas con estudiada gracia. "Estos torneos no traen más que heridas, egos inflados y mundos destrozados." Sus ojos se entrecerraron. "Y, sin embargo, insistes en llamarlos 'tradición.'"

Zeus la observó por un momento, la sonrisa se desvaneció, reemplazada por algo más antiguo y calculado.

"Suzanoo... siempre tan poética." Apoyó la barbilla sobre la mano, mirándola con interés. "Pero dime, diosa de las tormentas... si el torneo es tan inútil, ¿por qué viniste?"



Suzanoo sonrió levemente, el tipo de sonrisa que precede al trueno.

"Solo vine a ver qué es tan especial esta vez... ya que parece que a alguien diferente se le ocurrió la idea esta vez."

La mirada de Suzanoo atravesó la habitación como una espada.

Se giró lentamente, el brillo metálico de su katana reflejaba la luz dorada de las runas, y apuntó su barbilla en dirección opuesta al Coliseo.

"Tengo mucha curiosidad."





Su voz resonó fría, casi perezosa, pero el silencio que siguió fue ensordecedor.

Todos los ojos, dioses y entidades de cientos de planos, giraron hacia el mismo lugar.

Allí, más allá de las columnas de obsidiana y las llamas etéreas que flotaban en el aire, ella estaba de pie.

El aire se movió.

Las luces divinas parpadearon e incluso las estrellas suspendidas sobre el Coliseo parecieron atenuarse por un instante.

El espacio alrededor de la figura se deformó en círculos sutiles, como si el tejido mismo de la realidad se inclinara en señal de respeto.

Yama.

El nombre susurrado corría entre los dioses como una oración prohibida.

Diosa. Juez. Guardián de los muertos.

La Dama del Inframundo, gobernante de los ciclos y del juicio final.

Pero lo que surgió de las sombras no fue lo que muchos esperaban.

No había nada monstruoso, nada grotesco.



Lo que se reveló fue la perfección—una armonía de belleza celestial y terror absoluto.

Yama caminó con la gracia de una sacerdotisa y la majestad de una emperatriz.

Sus pies descalzos tocaban el suelo sin hacer ruido y el velo translúcido que cubría parte de su cuerpo revoloteaba como si respirara con ella.

Su piel tenía un brillo frío y perlado que oscilaba entre el mármol pálido y el gris—como iluminado por la luna.

Su largo cabello negro fluía hasta su cintura, moviéndose con su propio ritmo, como si tuviera voluntad.

Y sus ojos...

Ah, sus ojos.

Uno era dorado, radiante como el sol en un templo antiguo.

El otro fue negro como un eclipse total —sin luz, sin reflejo, sólo vacío y poder.

Alrededor de su cuello, delgadas cadenas de oro y jade se entrelazaban. En su muñeca colgaban pequeñas campanas, tintineando un sonido apenas perceptible que hacía latir erráticamente los corazones de los dioses.





Y detrás de ella... las sombras.

Miles de ellos.

Formas distorsionadas, siluetas de reyes muertos, espíritus y jueces del infierno.

Todos inclinados.

Todos sirviéndole.

Se detuvo en el borde de la luz del Coliseo, y el contraste entre la oscuridad que la seguía y el resplandor de las runas hizo que su figura pareciera aún más irreal—una paradoja perfecta entre la vida y la muerte, la gracia y la destrucción.



Yama sonrió.

Y ese gesto —simple, comedido— hizo que incluso los dioses más antiguos se movieran incómodos.

"Ahora, Suzanoo..." Su voz era suave, casi un susurro, pero resonaba como un canto en los aviones. "Qué forma tan grosera de dirigirse a una anfitriona."

Inclinó ligeramente la cabeza y sonó una de las campanas de su muñeca, pura y cristalina.

Al instante, las almas bajo su mando se arrodillaron.



Zeus apoyó la barbilla sobre el puño, observándola con interés. El relámpago alrededor de sus hombros se atenuó, casi como si el trueno mismo estuviera prestando atención.

"Yama..." murmuró, apareciendo una sonrisa burlona. "Siempre un espectáculo en sí mismo."

Ella lo miró fijamente— y por un instante, el Coliseo pareció convertirse en una sala de audiencias.

"¿Espectáculo?" Ella repitió, arqueando una ceja delicada. "Prefiero llamarlo equilibrio."

Zeus soltó una suave risa. "Ah, desigur. Equilibrio..." Hizo un gesto con la mano libre, como si estuviera jugando con el concepto. "La excusa perfecta para cualquiera que quiera jugar de árbitro sin ensuciarse las manos."



Yama no respondió de inmediato. Él simplemente lo observó— y bajo esa doble mirada, incluso el Rey del Cielo sintió algo raro: peso.

Luego habló con calma y precisión:

"El torneo existe desde que decidiste jugar a crear universos."

Dio un paso adelante y cada palabra que pronunciaba parecía hacer temblar ligeramente el suelo. "Cuando hay exceso... cuando el poder se desborda... cuando los mundos comienzan a chocar y a romper las reglas que sostienen el conjunto... se lleva a cabo el Torneo Celestial."

Los dioses se miraron unos a otros. La atmósfera se hizo más densa.

Shiva levantó una ceja con curiosidad.

"¿Estás diciendo que el equilibrio se está rompiendo de nuevo?"

Yama volvió su mirada hacia él.

"No lo es. Ya está roto. ¿O crees que es normal que tantas facciones... tengan poder e igualdad en este mundo? Demonios, ángeles caídos, hombres lobo, héroes, vampiros... Brujas."

